

Vivaldi
y sus hijas

Vivaldi y sus hijas

Título original: *Vivaldi und seine Töchter*

Original Title: «Vivaldi und seine Töchter» by Peter Schneider

© 2019, Verlag Kiepenheuer & Witsch GmbH & Co. KG, Cologne/ Germany

La traducción de este libro ha sido respaldada por una subvención del Goethe-Institut.

The translation of this work was supported by a grant from the Goethe-Institut.



© de esta edición: Libros de Seda, S.L.

Estación de Chamartín s/n, 1ª planta

28036 Madrid

www.librosdeseda.com

www.facebook.com/librosdesedaeditorial

@librosdeseda

info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Nèlia Creixell

Maquetación: Rasgo Audaz

Imagen de la cubierta: Pinacoteca Brera (Gran Canal de Venecia);

Georgy Dzyura/Shutterstock (joven tocando el violín).

Primera edición: noviembre de 2021

Depósito legal: M. xxxxxxxxxx-2021

ISBN: 978-84-17626-53-2

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

PETER SCHNEIDER

Vivaldi
y sus hijas

Libros de
seda

Para Michael Ballhaus



Preludio

El operador de cámara Michael Ballhaus fue el primero que me empujó a investigar la vida y la obra de Antonio Vivaldi. Mientras pudiera ver, decía Ballhaus con ligereza, aún quería grabar un par de secuencias bonitas con la música de Vivaldi; ya las tenía en mente.

Yo sabía de la enfermedad incurable que estaba dejándolo ciego. Había consultado a los mejores especialistas del mundo, pero nadie había podido darle esperanzas de curación ni decirle cuándo acabaría perdiendo la vista. Su invitación a escribir un guion sobre la vida de Vivaldi era una oferta que no podía rechazar.

El nombre me despertó recuerdos de inmediato. Cuando era niño había interpretado sus conciertos más sencillos. A menudo los ensayaba en un aula vacía y con mis ejercicios, que allí resonaban de maravilla, atraía a las chicas del instituto hermano. Como en la década de 1950 no había en la destruida Friburgo suficientes escuelas intactas, nuestro centro mixto se veía obligado a compartir espacio con uno

femenino; todos los alumnos, chicos y chicas, del instituto Berthold y las chicas del instituto Droste Hülshoff tenían clase por la mañana o por la tarde en semanas alternas. Conque allí estaba yo después de las lecciones matutinas, cuando mis compañeros ya hacía tiempo que se habían ido en bicicleta a la piscina o a la pista de fútbol, en un aula del edificio de ladrillo rojo con mi violín, llenando los espacios con los arpeggios de un concierto de Vivaldi. Y haciendo como si no me percatara de las chicas que abrían la puerta durante el recreo, se quedaban bajo el dintel y me escuchaban con atención. Otros disfrutaron de sus primeros éxitos jugando bien al fútbol; yo, con Vivaldi.

Michael Ballhaus se había criado en Franconia, en el seno de una compañía ambulante que dirigía su padre. La familia viajaba por el país y representaba muchas piezas del repertorio mundial que, de otro modo, no habrían llegado a provincias. No es que se hicieran ricos, pero la compañía sobrevivió a la guerra y a la posguerra, y aún hoy sigue ofreciendo representaciones.

Mi padre, hijo de un pastor protestante, fue compositor y director, y se libró del destino fijado de convertirse igualmente en religioso gracias a su virtuosismo con las teclas y los pedales del órgano. Tras la guerra, obtuvo un puesto como primer maestro de capilla en la ópera de Friburgo. Allí solía ir yo a buscarlo después de clase. El portero de la entrada de artistas conocía al muchacho de la cartera a la espalda y el estuche de violín en la mano y lo dejaba pasar. Sabía que me conocía los pasillos zigzagueantes y las escaleras que llevaban

arriba como la palma de la mano. Sin hacer ruido abría una de las puertas del interior del teatro. Llegado a las filas superiores, me acomodaba en uno de los asientos intermedios de la sala vacía, que, sin iluminación, resultaba inmensa, y esperaba un poco a que los ojos se me acostumbraran a la oscuridad. No veía nada más que el contorno de mi padre recortándose sobre el foso de la orquesta y, alumbradas por la luz del atril, sus manos, con la batuta en la derecha, capaz de desencadenar un poderoso *tutti* con un leve ademán ascendente. Y una vez que él y la orquesta habían encontrado el ritmo, su cuerpo en movimiento provocaba otro movimiento más: una fuerte sacudida de la cabeza, que hacía caer su mata de pelo rojizo sobre la frente; ¿sería capaz de ver algo? Hasta que no interrumpía el pasaje, no se apartaba el pelo con un movimiento despreocupado de la mano izquierda.

El programa de la ópera de Friburgo a principios de los años cincuenta me lo sé de memoria, casi compás por compás.

La opinión de mis hermanos, que comparto, es que nuestro padre no disfrutó del éxito que merecía. Sin embargo, nadie dudaba de su talento y a todos los que lo conocimos bien nos contagió su fascinación por la música.

A Vivaldi lo llamaban el *prete rosso* por su cabello pelirrojo. Hasta que no empecé a investigar no caí en la cuenta de un nuevo paralelismo entre el compositor y mi padre: al igual que Vivaldi, había padecido asma. Mi padre sufrió los primeros accesos cuando, a instancias de su joven segunda esposa, mi madrastra, dejó su puesto fijo en el teatro y con

casi cincuenta años comenzó una segunda carrera, que sus cuatro hijos músicos en plena adolescencia vimos como una deslealtad a su verdadera vocación. Viajó de una pequeña ciudad de provincias de los alrededores de Friburgo a otra mientras hacía las prácticas universitarias de música, aprobó el examen estatal en esta rama y acabó de profesor de Pedagogía Musical en la Escuela Superior de Música de Friburgo. Tras abandonar la ópera fundó en esta ciudad una sociedad filarmónica y, en la cercana y minúscula Staufen, un festival barroco que se ha convertido en toda una institución. Allí formé parte de los segundos violines e interpreté, entre otros maestros barrocos, a Antonio Vivaldi.

Vivaldi es hoy el compositor clásico más famoso del mundo: se interpreta con mayor frecuencia que Mozart o Beethoven. Es inevitable oír un par de compases de su música en los móviles, en el hilo musical cuando se llama por teléfono a empresas grandes y pequeñas, en ascensores, supermercados y restaurantes de Europa y los Estados Unidos, y últimamente también en los de los países pobres y emergentes. Los fragmentos siempre proceden de la misma obra: *Las cuatro estaciones*. Sin embargo, su creador cayó en el más absoluto olvido aún en vida y, cincuenta años antes que Mozart, fue sepultado en una fosa común de Viena.



Durante mis investigaciones me topé con un aspecto de la vida de Vivaldi que en Alemania ha permanecido prácticamente olvidado. El maestro, que nos ha dejado una obra poco menos que inabarcable, estaba consagrado al sacerdocio y en Venecia, su ciudad natal, apenas fue reconocido como violinista y compositor hasta que contaba casi treinta años. En las décadas siguientes se relacionó con príncipes, reyes, el emperador Carlos VI y hasta el papa. No obstante, durante la mayor parte de su vida activa trabajó por un salario modesto en un orfanato para niñas de Venecia, el Ospedale della Pietà, en la Riva degli Schiavoni. Este sólido edificio con vistas a la isla de San Giorgio alberga hoy el hotel Metropole. Tras sus muros, Vivaldi formó con aquellas expósitas que poseían dotes musicales una orquesta y coro cuya calidad le procuró fama por toda Europa. Buena parte de la música de Vivaldi, y especialmente de su música sacra, aunque también la mayoría de sus conciertos para violín,

la compuso para las *figlie della Pietà* y fueron ellas quienes la interpretaban.

Los conciertos se celebraban los domingos y festivos por la tarde en la iglesia de la Pietà, que por aquel entonces todavía era pequeña. Con los años, los conciertos alcanzaron tal grado de popularidad que príncipes, dignatarios eclesiásticos y notables de toda Europa viajaban a Venecia para escuchar a las *figlie* de Vivaldi.

La orquesta, formada en exclusiva por las propias expósititas o mujeres que habían sido aceptadas de niñas en la Pietà y habían terminado quedándose, fue la primera orquesta femenina de Europa. Instrumentos considerados típicamente masculinos, como la trompeta, la trompa, el timbal, el tambor o el contrabajo, eran tocados por mujeres. Las voces de bajo y tenor en las obras vocales las cantaban niñas o mujeres. Como el apellido de las intérpretes era desconocido o se mantenía en estricto secreto, se las conocía por su especialidad: Anastasia del Soprano, Cattarina del Violo, Maddalena del Violino, María della Tromba. Hasta a las *figlie di comun*, que no valían para la música, se las llamaba por el oficio que desempeñaban: Flavia della Cucina (cocina), Elisabetta della Saponeria (jabonería) o Zanetta della Biancheria (lavandería).

En los conciertos, las muchachas solían presentarse de blanco con ramilletes de geranios de ese mismo color en el cabello; las pocas veces que representaban fuera de la Pietà, también llevaban vestidos de color rojo tulipán. No obstante, la mayoría del tiempo eran invisibles. Durante

los conciertos en la Pietà, y según exigían las normas de la institución, a las cantantes e instrumentistas se las podía oír, pero no ver. Permanecían ocultas al público por una robusta celosía colocada en la tribuna. El público tenía así la impresión de oír un coro y una orquesta celestiales, cuyos miembros carecían de cara o cuerpo.

Parte del orfanato de la Riva degli Schiavoni todavía sigue en pie; la construcción de la nueva iglesia del Ospedale, que se halla junto al hotel Metropole, comenzó cuando Vivaldi ya había muerto y no concluyó hasta 1902.



No existe pintura ni dibujo alguno que muestre a Vivaldi durante uno de sus conciertos o ensayos. Me imagino cómo prepararía uno de sus conciertos «para muchos instrumentos» —trompetas, salmoés, oboes, cuerdas y bajo continuo— con la orquesta. El único hombre en mitad de unas treinta mujeres. Un hombre poco atractivo, con el labio superior demasiado largo; un duende enérgico y nervioso, de nariz ganchuda y cabello rojo como el fuego, sentado al clavicémbalo y dirigiendo con la mano derecha libre. En un momento dado se detiene enojado y se dirige a una de las trompetistas.

—¡Maria della Tromba! ¡Cuarto de tono demasiado alto!

Maria repite el pasaje, pero Vivaldi niega con la cabeza, sacudiendo con fuerza el copete rojizo. Pronuncia el nombre de Maddalena del Violino, pero se levantan tres violinistas y Vivaldi las mira sin comprender.

—¿Por qué todas las Maddalenas tienen que tocar el violín? —exclama.

Las muchachas se ríen.

—¡La tercera Maddalena! Toca el pasaje para Maria, por favor.

Maddalena III interpreta dos veces con el violín el pasaje en que erraban las trompetas; primero con el fallo y luego bien afinado. Vivaldi asiente con impaciencia.

—¿Oyes el error, Maria? Aunque tú no lo oigas, Dios sí. ¡Y Dios sufre terriblemente cuando oye algún fallo! ¡Una vez más, todas!

Les da la entrada, pero no está satisfecho con el resultado.

—¡Más rápido!

Golpea el atril con la vara del arco, intenta imprimirles su estilo personal, el veloz y desenfrenado *rock* vivaldiano.

—Otra vez. ¡Y ahora lo más rápido posible!

A las chicas se les escapan una vez más las risas, que se propagan como una ola imparable de atril en atril. Aun así, quieren a su director. El maestro podrá ser irascible y hasta colérico, pero les hace reír. Y lo quieren más que nada porque las cree capaces de algo, y no solo de algo, sino de todo.

Vivaldi deja que se ríen un par de compases y luego señala el comienzo con un amplio ademán. Tras un comienzo caótico, las muchachas se acomodan al rápido ritmo. Vivaldi parece satisfecho.

A la hora de irse, su mirada se cruza con la de la *maestra della battuta*, una gruesa monja que vigila los ensayos y lecciones de Vivaldi. Se encarga de asegurar la decencia y el decoro en el Ospedale, dado el caso, con ayuda de un bastón.

Vivaldi sabe que para las lecciones son preferibles las mujeres y los eunucos. Y es que estos últimos, como una vez dijo la priora, «se dejan guardadas ciertas nimiedades en el calzón». Pero Vivaldi, que no es mujer ni eunuco, es insustituible. Él y su jefe, el director de coro y compositor Francesco Gasparini, son los únicos profesores varones entre unas cuatrocientas muchachas y sus educadoras. Las miradas entusiastas que alguna que otra chica lanza al sacerdote del largo cabello pelirrojo demuestran en cada ensayo a la supervisora la necesidad de su cometido.

Aborda a Vivaldi con brusquedad:

—¡La priora le ruega que vaya a verla!